

ligioso, semibestial, que en tiempos ordinarios engendra la supersticion y en épocas de violencia la brutalidad. Las alucinaciones encienden la antorcha que alumbrá la senda del asesinato.

El fanático está poseido del vértigo. La prodigiosa naturaleza tiene un doble sentido, que deslumbra á los grandes talentos y que ciega á los ignorantes poco civilizados; cuando el hombre es ignorante, cuando el desierto es á propósito para visiones, la oscuridad del aislamiento se agrega á la oscuridad de la inteligencia, y ciertas rocas, ciertos barrancos, ciertos matorrales y la noche al través de los árboles, impulsan al hombre á cometer acciones locas y atroces. Casi podría decirse que hay sitios malvados.

Los vastos horizontes inspiran al alma ideas generales; los horizontes circunscritos engendran ideas parciales, lo que á veces condena á grandes corazones á tener espíritus pequeños; testimonio de esta verdad fué Juan Chouan. El ódio de las ideas parciales á las ideas generales es lo que constituye la lucha del progreso. País y patria son dos palabras que resumen toda la guerra de la Vendée, que fué la contienda de la idea local contra la idea universal, la de los campesinos contra los patriotas.

VII.

La Vendée concluyó con la Bretaña.

La Bretaña es una antigua rebelde. Todas las veces que se sublevó en el espacio de dos mil años tuvo razon, menos la última vez. Y sin embargo, en realidad, siempre que la Bretaña hizo la guerra, fué la misma guerra, la del espíritu local contra el espíritu central, lo mismo cuando se sublevó contra la revolucion que cuando se levantó contra la monarquía.

Esas antiguas provincias eran un estanco; correr era repugnante para aquella agua dormida; el viento que soplaba no los vivificaba, los irritaba. En Finisterre concluía la Francia, allí terminaba el campo concedido al hombre; allí se detenía la marcha de las generaciones. ¡Alto! gritaba el Océano á la tierra y la barbarie á la civilizacion. Siempre que el centro, Paris, daba un impulso, ya viniera del trono, ya de la República, ya del despotismo, ya de la libertad, era una novedad, y ante ella se asustaba la Bretaña, exclamando: "Dejadme en paz. Qué quereis de mí?" El Marais cogia su

pértiga y el Bocage su carabina, y todas las tentativas de Francia, su iniciativa en legislacion y en educacion, sus enciclopedias, sus filosofías, sus géneos y sus glorias se estrellaban delante del Honroux; el somaten de Bazonges amenaza á la Revolucion francesa; la landa de Faon se subleva contra las tempestuosas plazas públicas, y la campana del Haut-des-Prés declara la guerra á la Torre del Louvre.

La insurreccion vendeana fué un lúgubre error; fué una escaramuza colosal, una triquiñuela de titanes, una rebelion desmesurada que no dejó en la historia más que un nombre, el de la Vendée, nombre ilustre y sangriento del país que se suicida por los ausentes, que se sacrifica por egoismo, que pasa el tiempo ofreciendo á la cobardía el homenaje de su inmenso valor, sin estrategia, sin plan, sin objeto, sin jefe, sin responsabilidad, demostrando hasta qué punto la voluntad puede ser la impotencia; país caballeresco y salvaje, país que trató de realizar lo absurdo, fabricando contra la luz un parapeto de tinieblas; país bestial, en el que la ignorancia opuso larga, bestial y magnífica resistencia á la verdad, á la justicia, al derecho, á la razon y á la libertad; que causó el espanto de ocho años, la desolacion de catorce departamentos, la devastacion de los campos y de las cosechas, el incendio de las aldeas, la ruina de las ciudades, el saqueo de las casas, el asesinato de mujeres y de niños; que metió la tea incendiaria en las cabañas y la espada en los corazones, que fué el terror de la civilizacion y la esperanza de Pitt. Eso fué aquella funesta sublevacion, aquel ensayo inconsciente de parricidio.

Después de todo, la Vendée ha servido á la causa del progreso, al demostrarle la necesidad de perforar en todos sentidos la espesa oscuridad bretona y de atravesar aquellas malezas con todas las flechas de la luz á la vez. Las catástrofes arreglan las cosas de un modo sombrío.



LIBRO SEGUNDO

Los tres niños.

I.

Plus quam civilia bella.

El verano de 1792 fué muy lluvioso, pero el de 1793 fué muy cálido. La guerra civil casi habia destruido los caminos de la Bretaña; viajábase, esto no obstante, por el país merced al buen tiempo, porque el mejor camino es la tierra seca.

Al anochecer de un dia sereno de Julio, algo despues de la puesta del sol, un hombre á caballo, que venia por el camino de Avranches, se paró á la puerta de la posada de la Cruz Branchard, establecida á la entrada de Pontorson, cuya muestra tenia esta inscripcion: *Buena sidra para desembotellar*. Hizo calor todo el dia, pero al anochecer empezó á soplar brisa.

El viajero se envolvía en una ancha capa que cubria la grupa del caballo; llevaba sombrero de grandes dimensiones con escarapela tricolor, que era atrevimiento usar en aquel país, en el que cada escarapela servia de blanco á un fusil. La capa, que ató al cuello, le dejaba los brazos libres, y al entreabrirse permitía ver una faja tricolor y las culatas de dos pistolas que asomaban por ella; por debajo de la capa sobresalia el extremo de un gran sable.

Al oír los pasos del caballo, que se detuvo, se abrió la puerta de la posada y se presentó el posadero con un farol en la mano. Era la hora del crepúsculo, y era de dia en el camino y de noche en la casa.

El posadero se fijó en la escarapela.

—Ciudadano, le dijo, ¿os deteneis aquí?

—No.

—Pues dónde vais?

—A Dol.

—En ese caso retroceded á Avranches ó quedaos en Pontorson.

—Por qué?

—Porque están batiéndose en Dol.

—Ah!... exclamó el jinete; despues añadió:—Dad un pienso á mi caballo.

El posadero acercó una gamella, echó en ella un saco de avena y quitó la bri-

da al caballo, que resolló y se puso á comer.

Mientras, continuó el diálogo:

—Ciudadano, ¿este caballo es de la requisita?

—No.

—Es vuestro?

—Sí. Lo compré y lo he pagado.

—De dónde venís?

—De Paris.

—No habreis venido directamente?

—No.

—Ya lo creo; están interceptados todos los caminos... Sin embargo, la posta corre todavía.

—Hasta Alençon; allí la dejé yo.

—Al paso que vamos se acabarán las postas en Francia, porque apenas hay caballos. Un caballo que valia trescientos francos, cuesta hoy seiscientos, y los forrajes están carísimos. Yo fui maestro de postas y hoy me veo precisado á ser bodegonero. De mil trescientos maestros de postas que éramos, doscientos hemos tenido que presentar la dimision. Ciudadano, ¿habeis viajado con arreglo á la última tarifa?

—Sí; la del 1.º de Mayo.

—Veinte sueldos por posta en el coche, doce en el cabriolé y cinco en el furgon. ¿Comprásteis en Alençon este caballo?

—Sí.

—Caminásteis hoy todo el dia?

—Desde el amanecer.

—Y ayer?

—Y anteayer.

—Se conoce; habreis venido por Domfront y por Montain.

—Y por Avranches.

—Creedme, ciudadano; descansad aquí; debeis estar fatigado y el caballo tambien lo está.

—Los caballos tienen derecho al descanso, los hombres no.

El posadero miró fijamente al caminante y observó que su rostro era grave, tranquilo y severo y sus cabellos grises. Dirigió despues la vista al camino, que estaba desierto, y le preguntó:

—Pero viajais solo?

—Llevo escolta.

—Dónde está?

—Aquí; mi escolta son el sable y las pistolas.

El posadero fué á buscar un cubo de agua para que bebiese el caballo, y mientras éste lo hacia así, él examinaba al viajero, diciéndose en su interior:—Tiene traza de sacerdote.

El jinete preguntó:

—Decís que están batiéndose en Dol?

—Sí; deben haber roto el fuego en estos momentos.

—Quiénes son los que se baten?

—Un ex contra otro ex.

—Qué quereis decir?

—Quiero decir que un ex que defiende la República pelea contra otro ex que defiende al rey.

—Ahora ya no tenemos rey.

—Queda el niño. Lo más raro es que los dos jefes son parientes.

El ginete escuchaba con atencion; el posadero prosiguió:

—El uno es joven y el otro viejo; el hijo de un sobrino pelea contra el padre de su tio. El tio es realista y el sobrino patriota; el tio manda los blancos y el sobrino los azules; pero no se darán cuartel, porque ésta es una guerra á muerte.

—A muerte?

—Sí, ciudadano. ¿Quereis ver los cumplimientos que se dirigen mutuamente? Pues leed este cartel que el viejo hizo fijar en todas partes, en las casas, en los árboles, y que pegó hasta en mi puerta.

Diciendo esto, el posadero acercó el farol á un cartel pegado á una de las hojas de la puerta; como estaba escrito con letras grandes, el ginete pudo leer, desde el caballo que montaba, lo que sigue:

—“El marqués de Lantenac tiene el honor de enterar á su sobrino, el señor vizconde Gauvain, que si logra la fortuna de cogerle prisionero le mandará arcabucear correctamente.”

—La contestacion, prosiguió el posadero, la teneis aquí.

Volvióse y alumbró con el farol otro cartel fijado paralelamente al primero en la otra hoja de la puerta. El viajero leyó:

—“Gauvain previene á Lantenac que si le hace prisionero le fusilará.”

—Ayer, dijo el posadero, pegaron aquí el primer cartel y hoy han fijado el segundo; la contestacion ha sido muy rápida.

El viajero, casi entre dientes y hablando consigo mismo, pronunció las palabras que siguen y que el posadero oyó, aunque sin comprender su significado:

—Esto, más que la guerra dentro de la patria, es la guerra dentro de la familia. Es necesario y ha de ser. A este precio se obtiene la regeneracion de los pueblos.

El ginete, llevando la mano al sombrero y con la vista fija en el segundo cartel, le saludó.

El posadero dijo:

—Ya lo veis, ciudadano; esto es lo que sucede. En las ciudades, en las grandes poblaciones, estamos por la revolucion y en los campos están contra ella, lo que equivale á decir que en las ciudades somos franceses y en los campos son bretones. Esta es guerra de ciudadanos contra campesinos; ellos nos llaman papanatas y nosotros les llamamos palurdos; los nobles y los clérigos son de su partido.

—No todos, contestó el ginete.

—Teneis razon, ciudadano; porque aquí tenemos un vizconde que pelea contra un marqués, replicó el posadero, y añadió para su capote:—Creo además que estoy hablando con un cura.

—¿Cuál de los jefes lleva la ventaja en la pelea?

—Hasta ahora el vizconde, pero le cuesta mucho trabajo; el viejo es duro de pelar. Los dos son de la familia de Gauvain, nobles de este pais; familia que se divide en dos ramas; la mayor, cuyo jefe es el marqués de Lantenac, y la menor, cuyo jefe es el vizconde de Gauvain. Las dos ramas se hacen hoy la guerra; eso no se vé entre los árboles, pero se vé alguna vez entre los hombres. El marqués de Lantenac es omnipotente en Bretaña: para los campesinos es un príncipe; el dia que desembarcó se le unieron en el acto siete mil hombres, y despues, en una semana, se han sublevado trescientas parroquias. Si hubieran podido tomar cualquier punto de la costa, habrian ya desembarcado los ingleses. Por fortuna se encuentra aquí Gauvain para impedirlo, y lo más extraño es que son tio y sobrino. El comandante republicano no deja respirar á su tio. Además, quiso la suerte que en cuanto llegó Lantenac hizo asesinar á un gran número de prisioneros y fusilar á dos mujeres, una de las que tenia tres niños que habia adoptado uno de los batallones de Paris. Esto indignó de tal modo al batallon, que se llama del Gorro Rojo, que los que de él quedan, que son pocos, están furiosos. Se les ha incorporado á la columna del comandante Gauvain y nada les resiste, porque están decididos á vengar á las mujeres y á recobrar á los niños. Como no saben qué ha hecho de ellos Lantenac, están rabiosos los granaderos de Paris. Si no hubiera de por medio dichos niños, la guerra quizás no seria tan sangrienta como es. El vizconde es un joven de buenos sentimientos y bravo, pero el viejo es un demonio. Los campesinos dicen que esta es la guerra de San



EL VIAGERO LEYÓ

Miguel contra Belcebú; ya sabéis que San Miguel es un ángel del país, que hay un monte que lleva su nombre, que está situado en medio del mar, en la bahía. Dicen que derribó al diablo y que lo enterró debajo de otro monte que está cerca de aquí, que se llama Tombelaine.

—Sí, contestó el ginete. Tumba Beleni, la tumba de Beleno, de Belo, Belial ó Belcebú.

—Veo que estais enterado.—Sabe latin; ya decia yo que era cura, añadió para sí el posadero. Despues dijo en alta voz:

—Pues bien, ciudadano, para los campesinos esta es la guerra que ahora vuelve á empezar; por supuesto, que para ellos San Miguel es el general realista y Belcebú el comandante republicano; pero si aquí hay algun diablo es sin duda Lantenac, y si hay un ángel es Gauvain. Qué quereis tomar, ciudadano?

—Traigo calabaza y pan... Continúa diciéndome lo que ocurre en Dol.

—Gauvain manda la columna expedicionaria de la costa. El objetivo de Lantenac era sublevar todo el país, apoyar el movimiento de la Baja Bretaña con el de la Baja Normandía, abrir la puerta á Pitt y cubrir las espaldas del gran ejército vendeano con veinte mil ingleses y doscientos mil campesinos. Gauvain ha desbaratado este plan, dominando la costa é impidiendo desembarcar á los ingleses. Lantenac estaba aquí, y de aquí le desalojó Gauvain; le tomó el Pont-au-Brean, le echó de Avranches y de Ville-Dieu y le ha impedido llegar á Granville. Ahora maniobra para rechazarle hasta el interior de la selva de Fougères y cercarle dentro de ella. Todo iba bien. Ayer Gauvain estaba aquí con su columna, y de repente se supo que Lantenac, que es astuto, sin saber cómo marchaba sobre Dol. Si toma á Dol y establece una batería en el monte (porque lleva cañones), podrá ofrecer un punto de la costa á los ingleses y todo se ha perdido. Por eso, como urgía aprovechar los momentos, Gauvain, que es muy diestro, sin aconsejarse de nadie y sin esperar órdenes, mandó tocar botasillas y enganchar la artillería, formó su tropa, tiró del sable, y mientras Lantenac se lanzaba sobre Dol, Gauvain se lanzó sobre Lantenac. En Dol van, pues, á chocar una con otra estas dos duras cabezas bretonas, y el choque será furibundo. Ahora deben haberse encontrado ya.

—¿Cuánto tiempo se gasta para llegar á Dol?

—La tropa, que lleva bagajes, necesita lo menos tres horas, pero ya estarán allí.

—Me parece que oigo fuego de cañon. El posadero se puso á escuchar y despues dijo:

—Sí, ciudadano, y de fusilería. Se bate bien el cobre. Debiérais pasar aquí la noche, porque allí no debeis esperar nada bueno.

—Me es imposible detenerme: debo continuar mi camino.

—Haceis mal; no conozco vuestros asuntos, però arrostrais gran peligro... á no ser que se trate de lo que más querais en el mundo...

—En efecto, de eso se trata, contestó el ginete.

—De algo como un hijo...

—Casi, casi, repuso el viajero.

El posadero le volvió á examinar y dijo otra vez para sí:

—Sin embargo, este ciudadano me sigue pareciendo cura... pero un cura... tambien puede tener hijos.

—Volved á embridar el caballo. ¿Cuánto debo?

Pagó.

El posadero puso la gamella y el cubo en su sitio, á lo largo de la pared, y volvió á acercarse al viajero.

—Ya que estais decidido á seguir adelante, le dijo, os voy á dar un consejo. Se comprende que os encaminais á Saint-Malo; pues bien, no vayais por Dol. De aquí á Saint-Malo hay dos caminos, el que pasa por Dol y el de la costa, y es tan largo uno como otro. El de la costa vá por Saint-Georges de Brehaigne, por Cherrueix, dejando á Dol al Mediodía y á Cancale al Norte. Al fin de esta calle encontrareis el empalme de los dos caminos; el de Dol es el de la izquierda y el de Saint-Georges de Brehaigne el de la derecha. Mucho cuidado no os equivoqueis, ciudadano; si vais por Dol os encontrareis en medio del fuego; por consiguiente no tomeis el camino de la izquierda, sino el de la derecha.

—Gracias, contestó el viajero, pican-do espuela.

La oscuridad era ya completa y á los pocos pasos el posadero perdió de vista al ginete: cuando éste llegó al extremo de la calle donde empalmaban los dos caminos, oyó la voz del posadero que le gritaba:

—Tomad el camino de la derecha!

Pero el viajero tomó el de la izquierda.

II.

Dol.

Dol, ciudad española de Francia en Bretaña, como la califican los cartularios, no es realmente una ciudad, es una calle; calle larga, ancha, vieja, gótica y limitada á derecha é izquierda por casas con soportales, no alineadas, sino formando salientes y recodos. El resto de la poblacion solo es una red de callejuelas, que se relacionan con la principal y que desembocan en ella como los arroyos en un rio. La ciudad, sin puertas ni murallas, abierta y dominada por el Monte-Dol, no podria sostener un sitio, pero la calle sí que puede sostenerlo. Los promontorios de casas, que aun existian hace cincuenta años, y los soportales con pilares á un lado y á otro, constituian una defensa bastante sólida y resistente. Cada casa podia convertirse en una fortaleza, y en ciertos casos habia necesidad de tomarlas una á una. La antigua plaza del Mercado estaba situada á la mitad de la calle.

El posadero de Croix-Branchard dijo la verdad. Dol era teatro en aquellos momentos de una lucha furiosa; en dicha ciudad estalló un combate nocturno entre los blancos, que entraron por la mañana, y los azules, que llegaron por la tarde. Las fuerzas eran desiguales; los blancos eran seis mil hombres, los azules solo mil quinientos, pero el encarnizamiento era igual en los dos bandos, y los mil quinientos fueron los que atacaron á los seis mil.

Á una parte militaba la muchedumbre, á la otra una falange; una parte se componia de seis mil campesinos con escapularios del Corazon de Jesus sobre sus chaquetas de cuero, con cintas blancas en los sombreros redondos, con divisas cristianas en los hombros, con rosarios en la cintura, que llevaban más horquillas que sables, carabinas sin bayonetas, arrastrando cañones atados con cuerdas, y mal equipados, mal armados y poco disciplinados, pero frenéticos.

La parte contraria se componia de mil quinientos soldados, que llevaban tricornos con escarapela tricolor, con uniformes de grandes faldones y grandes vivos, con el tahalí cruzado, el sable con puño de cobre, el fusil con larga bayoneta, formados, alineados, dóciles y feroces, sabiendo obedecer como hombres que en su caso sabrian mandar, volun-

tarios tambien, pero voluntarios de la patria, pero rotos y descalzos. Por la monarquía peleaban campesinos-paladines, por la revolucion héroes-descalzos; cada uno de los bandos tenia su jefe; los realistas un viejo, los republicanos un jóven; aquellos á Lantenac y estos á Gauvain.

La revolucion, al lado de las figuras jóvenes y gigantescas de Danton, Saint-Just y Robespierre, presentó las figuras jóvenes é ideales de Hoche y Marceau: Gauvain era una de estas últimas. Gauvain tenia treinta años, cuello de Hércules, la mirada grave del profeta y la risa del niño. Ni fumaba, ni bebia, ni juraba: llevaba á la guerra su *necesaire* de tocador; se cuidaba mucho las uñas, los dientes y los hermosos cabellos castaños; en los altos, él mismo sacudia su casaca de comandante, agujereada por las balas y cubierta de polvo. Aunque se lanzaba en lo más empeñado de la lucha, nunca recibió ninguna herida. Su voz suave adquiria cuando era conveniente el tono brusco del mando. Era inocente y heróico y con el sable en la mano se transfiguraba. Tenia el aspecto afeminado que es formidable en las batallas. Además era pensador, filósofo, estudioso; Alcibiades para el que le veia, Sócrates para el que le oia. En la inmensa improvisacion de la Revolucion francesa este jóven fué desde luego jefe de guerra.

La columna que él formó era como una legion romana; una especie de ejército completo en compendio; se componia de infantería, caballería y artillería; tenia exploradores, gastadores, zapadores, pontoneros, y llevaba cañones como catapultas las legiones romanas. Tres piezas bien servidas fortalecian la columna sin privarla de su movilidad.

Lantenac era tambien un verdadero jefe de guerra de la peor especie. Era más reflexivo y más osado al mismo tiempo. Los héroes viejos son más frios que los jóvenes porque están más lejos de la aurora, y son más audaces porque están cerca de la muerte. Por eso Lantenac ejecutaba maniobras temerarias á la par que inteligentes; pero esto no obstante, casi siempre en el duelo entre el viejo y el jóven, éste llevaba la ventaja; efecto acaso de la suerte. Todas las felicidades, hasta esta felicidad terrible, son patrimonio de la juventud. La victoria tiene algo de jóven hermosa.

Lantenac estaba furioso contra Gauvain; en primer lugar porque le derrota-

ba, en segundo lugar porque era pariente suyo, y en tercer lugar porque era jacobino, y exclamaba:—*Si le llevo á poner la mano encima, lo mato como á un perro.*

Por su parte la República temia con razon al marqués de Lantenac; en cuanto desembarcó infundió el terror por todas partes; su nombre en la insurreccion vendeana produjo el efecto de un reguero de pólvora, cuya persona fué el centro y el alma de la insurreccion. En una rebelion de esta naturaleza cada jefe tiene celos de los demás y escoge para sí el teatro de sus operaciones: si alguno manifiesta superioridad incontestable sobre los otros, pronto consigue reunirlos á todos bajo sus órdenes. Ésto es lo que logró Lantenac, y de cerca ó de lejos todos le obedecian. Solo uno se le separó, el primero que le prestó obediencia, Gavard. Por qué? Porque Gavard era un hombre de confianza. Gavard poseia todos los secretos y habia adoptado los planes del antiguo sistema de guerra civil, que Lantenac iba á cambiar, y los hombres de confianza no se heredan. Gavard, pues, se marchó á reunirse con Bonchamp.

Lantenac, como hombre de guerra, pertenecia á la escuela de Federico II. Pretendia combinar la grande guerra con la pequeña. No queria ni "la masa confusa," como el numeroso ejército católico y real, destinada á sucumbir aplastada, ni una dispersion por bosques, barrancos y valles, buena solo para hostigar al enemigo, pero impotente para vencerle. Las guerrillas no concluyen con el adversario ó ellas terminan mal; comienzan por atacar una república y acaban por desbalijar una diligencia. Lantenac no estaba por esa guerra bretona; no la queria toda en campo raso, como La Rochejaquelein, ni toda en los bosques, como Juan Chouan; queria la verdadera guerra; servirse del campesino, pero apoyado en el soldado; le gustaban las partidas para la estrategia y los regimientos para la táctica. Consideraba que eran excelentes para el ataque, la emboscada y la sorpresa ejércitos de paisanos, que podian reunirse y dispersarse en un momento; pero les creia tambien demasiado flúidos y demasiado fáciles de escapársele de entre las manos, y deseaba crear un punto sólido en aquella guerra flotante y difusa, añadiendo al ejército salvaje de los bosques tropa regularizada, que sirviera de eje á las maniobras de los campesinos. Si hubiese

tenido éxito este pensamiento profundo y terrible, la Vendée hubiera sido inexpugnable.

¿Pero dónde habia de encontrar esos soldados y esos regimientos? En Inglaterra; por eso era la idea fija de Lantenac proporcionar á los ingleses los medios para que desembarcasen. De este modo capitula la conciencia de los partidos; de este modo la escarapela blanca servia en Lantenac de máscara al uniforme colorado; y solo le movia el pensamiento de apoderarse de un punto del litoral y entregárselo á Pitt. Al ver á Dol sin defensa, se arrojó sobre dicha ciudad con el objeto de tener por medio de ella el Monte-Dol y por medio del Monte-Dol la costa.

El sitio estaba bien elegido; el cañon del Monte-Dol barreria por un lado el Fresnois, por el otro á Saint-Brelade; mantendria á mucha distancia al cruce-ro de Cancale y dejaria libre para el desembarque toda la playa desde Raz-sur-Conesnou hasta Saint-Meloir-des-Ondes.

Para la realizacion de esta tentativa decisiva Lantenac llevó consigo seis mil hombres, los más bravos de las partidas de que podia disponer, y toda su artillería, compuesta de diez culebrinas de á diez y seis, una bastarda de á ocho y un pedrero de á cuatro. Quería con dichas piezas establecer una batería en el Monte-Dol, siguiendo el principio de que mil tiros disparados con diez cañones producen más efecto que quinientos tiros disparados con cinco.

El éxito parecia seguro; solo eran de temer Gauvain y sus mil quinientos soldados por la parte de Avranches, y Lechelle con los suyos por la parte de Dinan. Lechelle llevaba veinticinco mil hombres, pero en cambio se encontraba á veinte leguas de allí. Esta distancia tranquilizaba á Lantenac, y á Gauvain no le temia por el corto número de soldados que mandaba con relacion al mayor número de ellos de que podia disponer.

Tenia, pues, Lantenac seguridad completa en el resultado de sus planes. Su entrada en Dol fué brusca y terrible: tenia fama de gran general, y como sabian que era inexorable, no encontró resistencia, y los habitantes, asustados, se encerraron en sus casas. Los seis mil vendeanos se instalaron en la ciudad en confusion campesina, como en un campo de féria, sin furrieles, sin alojamientos marcados, vivaqueando aquí y allá, cociendo